



LAS CAÑONERAS (I): LOS BOMBARDEOS DE ARGEL EN 1783 Y 1784

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



UELE ser habitual en las marinas de vocación oceánica, y la nuestra lo es aún, afortunadamente, el despreciar o hacer de menos a los que llamaba Kipling «fleclos de la escuadra», esas unidades menores llamadas sutiles que parecen no tener gran importancia, o que, de reconocérsela, quedan eclipsadas ante el prestigio y la imagen de las grandes unidades.

Pero bien se dice que no hay enemigo pequeño, y muchas veces, cuando los «grandotes» no consiguen el éxito, tienen que acudir estas modestas unidades a cubrir el hueco y cumplir unas misiones que no parecen estar en proporción con sus muy limitadas características. Eso ha sucedido en la historia de todas las grandes marinas, y la nuestra no es una excepción.

Antes bien, y por el contrario, en la trágica época para nuestro poder naval que va de fines del XVIII a comienzos del XIX, las unidades menores fueron muchas veces las únicas que supieron imponerse a un enemigo normalmente afortunado, exigiéndole no sólo respeto, sino cosechando éxitos que resultaron decisivos en nuestra historia. A paliar ese injusto olvido se dedicará esta pequeña serie dentro de nuestra sección.

El nacimiento de las cañoneras

Como es bien sabido, las cañoneras nacieron durante el último gran sitio de Gibraltar, gracias a la imaginación del gran Barceló, el hombre que de simple patrón de un jabeque-correo había llegado a teniente general de la Armada por méritos de guerra. La dificultad para atacar la plaza por mar residía en la más que comprobada inferioridad de los buques de vela y madera de la época contra las fortificaciones terrestres. Nelson afirmaba a este respecto que un cañón en tierra en un buen reducto valía por diez embarcados, y eso a igualdad de proyectiles, pues desde tierra era fácil responder al atacante con «balas rojas» o granadas, que por su peligrosidad estaban casi totalmente descartadas en los buques.

Para bombardear la plaza ideó el marino mallorquín armar con una pieza de a 24 (casi la de mayor calibre de la época, pues las más pesadas eran de a 32 ó 36 y sólo en las baterías bajas de los navíos de tres puentes) o con un mortero grandes botes de remos. Para proteger a la dotación se las dotó de un parapeto plegable forrado por dentro y fuera de una capa de corcho. Medían 56 pies de quilla, 18 de manga y 6 de puntal, con 14 remos por banda, la pieza mencionada y una dotación de una treintena de hombres.

Muchos opinaron que tales botes no podrían soportar el peso y mucho menos el retroceso de la enorme pieza, pero las experiencias probaron que tales temores eran infundados.

Barceló desarrolló su idea proporcionando a las lanchas un blindaje de hierro, que las cubría hasta por debajo de la flotación. Pero pronto se pudo observar que tales precauciones eran exageradas, pues, dados los limitados recursos de puntería de la época, resultaba poco menos que imposible acertar a las pequeñas lanchas cuando atacaban de proa, mientras que éstas tenían muchos menos problemas para batir blancos mucho mayores.

El mejor juicio sobre su efectividad vino del enemigo, y no pudo ser más concluyente, según el capitán Sayer:

«La primera vez que se vieron desde nuestros buques causaron risa; mas no transcurrió mucho tiempo sin que se reconociese que constituían el enemigo más temible que hasta entonces se había presentado, porque atacaban de noche y eligiendo las más oscuras, era imposible apuntar a su pequeño bulto. Noche tras noche enviaban sus proyectiles por todos lados de la plaza. Este bombardeo nocturno fatigaba mucho más que el servicio de día. Primeramente trataron las baterías de deshacerse de las cañoneras disparando al resplandor de su fuego; después se advirtió que se gastaban inútilmente las municiones.»

Aquello era de lo más prometedor, pero, como recordará el lector, se decidió entonces que era mucho mejor la tecnología extranjera y, mientras se retrasaba el alistamiento de nuevas cañoneras, se afirmó que el arma decisiva

serían las baterías flotantes supuestamente a prueba de incendios y balas diseñadas por D' Arcon, con los desastrosos resultados conocidos de todos.

Pero si las cañoneras no habían podido demostrar todas sus posibilidades entonces, no tardarían en dar buen muestra de lo que eran capaces.

La pesadilla argelina

Desde hacía ya varios siglos, las costas españolas del sur y del levante debían soportar la constante agresión de los corsarios berberiscos basados en Argel y secundariamente en Marruecos, en Túnez y Trípoli. De poco había servido una tenaz lucha por suprimir esa piratería que no sólo apresaba buques, sino que desembarcaba en las playas y saqueaba pueblos, secuestrando a sus habitantes. Pese a la constante vigilancia y éxitos sobre los corsarios, pese a la línea de torres de atalaya que aún hoy jalona nuestro litoral, y pese a tener enclaves en la costa enemiga, como en Orán y Mazalquivir, la amenaza y los daños persistían.

Justamente antes de la guerra con Gran Bretaña y del asedio de Gibraltar, en el verano de 1775, se decidió poner fin a tan enojosa cuestión de forma tajante: una poderosa escuadra al mando del teniente general Pedro Castejón, con siete navíos, doce fragatas y numerosas unidades menores, entre ellas los nueve jabeques de Barceló, escoltaron a un enorme convoy de 348 velas, que conducía un gran cuerpo de desembarco, casi 20.000 hombres al mando del general O'Reilly, con las mejores unidades de nuestro Ejército. No entraremos en detalles, sólo diremos que el desorganizado desembarco y las definitivamente erróneas disposiciones posteriores llevaron a un completo desastre en el que tuvimos no menos de cinco mil bajas, incluidos cinco generales muertos y quince heridos, dejando al enemigo nada menos que quince cañones abandonados y unos nueve mil fusiles. Y si el desastre no fue mayor, fue gracias a la decidida intervención de los buques de la escuadra que con sus fuegos impidieron que el enemigo envolviera a nuestro destrozado ejército.



Elogio épico del Excmo. Sr. D. Antonio Barceló. (Impreso a Écija el 1783).

Finalizada la guerra con Gran Bretaña, en la que, por cierto y salvo en Gibraltar, el éxito nos acompañó, se tuvo que volver a encarar el problema argelino y, dada la frustración anterior, sobre bases completamente nuevas.

Uno de los jefes que más se había distinguido tanto en la desgraciada expedición a Argel como en el asedio de Gibraltar era el propio Barceló, quien por otra parte había hecho su carrera gracias a una serie tan continuada como meritoria de éxitos sobre los piratas argelinos. Además, allí se podrían utilizar por fin las cañoneras que había ideado y que llegaron demasiado tarde para someter Gibraltar.

La expedición de 1783

La escuadra al mando de Barceló zarpó el 1 de julio de 1783 de Cartagena; la componían cuatro navíos (con insignia en el *Terrible*) de 70 cañones, cuatro fragatas, nueve jabeques, tres bergantines, unas quince unidades entre menores y transportes y, lo que va a ser decisivo, 19 cañoneras con cañones de a 24, 20 bombarderas con morteros y 10 de abordaje, lanchas que servían de escolta a las anteriores por si eran abordadas por embarcaciones enemigas con superior dotación. A la escuadra se unieron dos fragatas de la Orden de Malta.

Tras una penosa travesía, dificultada por vientos y mares contrarios, la escuadra fondea frente a Argel el día 26; esperando una mejora y haciendo los preparativos llega el 1 de agosto, día en que a las 0230 horas de la tarde se rompe el fuego contra la plaza. Las 19 bombarderas forman en línea avanzada junto con la falúa en la que embarca Barceló. A los costados están las cañoneras y las de abordaje, por si las embarcaciones enemigas intentan un contraataque, más atrás dos jabeques y dos balandras; el resto de la escuadra no toma parte en el bombardeo.

Al poco salen del muelle 22 pequeños buques enemigos, entre ellos nueve galeotas y dos cañoneras, que no tardan en ser rechazados por el fuego de los españoles. Hacia las 0430 horas las lanchas españolas han consumido todas sus municiones y se ordena el alto el fuego. Los atacantes han disparado unas 375 granadas y 390 balas de cañón (éstas sobre todo contra los buques de la defensa), provocando dos grandes incendios en la ciudad, de los que uno se prolonga toda la noche. Los argelinos han disparado unas 1.436 balas y 80 granadas, que no han causado sino dos heridos leves en las cañoneras españolas.

El balance no puede ser mejor, pues aunque no se ha optado por un bombardeo nocturno, como en los ensayos de Gibraltar, la fuerza atacante apenas ha sufrido daños del fuego enemigo y, desde luego, los ha causado serios.

Y así, con pocas variaciones se producen otros ocho ataques, uno el día 4, dos el 6, otros dos el 7 y dos más el día 8, lanzándose un total de 3.752 granadas y 3.833 balas contra la ciudad y sus defensas. Según fuentes neutrales,

entre las que se hallaba el cónsul francés, el pánico se apoderó de parte de la guarnición y de toda la población, quedando destruidas no menos del 10 por 100 de las viviendas y muchas más afectadas, numerosas fortificaciones, buques y cañones, y con fuertes pérdidas humanas.

En cuanto al fuego de la defensa, no menos de 11.280 balazos y 399 bombas sólo han causado 24 muertos y 20 heridos entre las dotaciones atacantes, y aún esas pérdidas se deben casi por entero a un golpe afortunado, cuando el día 7 por la tarde una bomba hizo volar a la cañonera número 1, con 20 muertos, incluido su segundo, el alférez de navío Villavicencio, y 11 heridos, entre ellos su comandante, el teniente de navío Irisarri.



Antoni Barceló.

En España la alegría por el resultado es enorme y el rey confirma el ascenso de Barceló a teniente general y le señala ese sueldo como pensión vitalicia. Desde el primer momento se ha contado con que un solo bombardeo no doblegaría a un enemigo de siglos, por lo que se prepara otro para el año siguiente y se declara rotundamente que se seguirá así hasta que el enemigo ceda.

No faltan voces críticas que afirman que el bombardeo ha causado poco daño al enemigo; lo que parecen olvidar es que, como hemos dicho y según informes de todo crédito, se había obtenido a un coste casi simbólico. ¡Tan pronto se había olvidado el desastre anterior! Y como para quitar la razón a tanto agorero (o envidioso), Trípoli, vista la situación, se avino a firmar la paz con España y a renunciar al corso.

La expedición de 1784

Como en un gesto de desafío, cinco corsarios argelinos apresaron cerca de Palamós, en septiembre de 1783, a dos polacras mercantes. Pero eso no es más que un gesto, los preparativos son incesantes: se apresta una nueva fortaleza con 50 cañones, se reclutan cuatro mil soldados turcos voluntarios que arriban en buques neutrales, llegan «asesores» europeos para ayudar en las fortificaciones y baterías, se han preparado no menos de 70 embarcaciones

entre goletas y cañoneras para rechazar a las españolas, etc., incluso el dey ha ofrecido una recompensa de mil cequíes al que aprese una embarcación de la escuadra atacante.

Barceló activa sus preparativos en Cartagena, ahora su escuadra constará de cuatro navíos (con insignia en el *Rayo*), de 80 cañones, cuatro fragatas (dos de ellas desarmadas y utilizadas como almacén de pólvora y municiones), 12 jabeques, tres bergantines, nueve más pequeños, y la fuerza atacante: 24 cañoneras con una pieza de a 24, ocho más con una de a 18, siete con calibres menores para abordajes, 24 bombarderas con morteros y ocho obuseras, con obuses de a 8 pulgadas.

Pero esto no es todo: la expedición adquiere un cierto aire de cruzada, por lo que cuenta con el apoyo de la Armada de Nápoles (entonces tan íntimamente unida a la española), que al mando del almirante Bologna aporta dos navíos, tres fragatas, dos jabeques y dos bergantines; la de Malta, nuevamente, ahora con un navío, dos fragatas y cinco galeras, y la de Portugal, al mando del almirante Ramírez de Esquivel, con dos navíos y dos fragatas, si bien ésta llega tarde y ya en plenos bombardeos.

Tras una solemne advocación de la empresa a la Virgen del Carmen, la escuadra zarpa de Cartagena el 28 de junio de 1784, llegando a Argel el 10 de julio.

El día 12 y a las 0830 horas de la mañana se rompió el fuego, sosteniéndolo hasta las 0420, intervalo en el que se lanzaron unas 600 bombas, 1.440 balas y 260 granadas, contra 202 bombas y 1.164 balas del enemigo. Se observaron grandes destrozos y un gran incendio en la ciudad y fortificaciones, y se rechazó a la flotilla enemiga, de 67 unidades, causando la voladura de cuatro de ellas. Las bajas atacantes se redujeron a seis muertos y nueve heridos, más por accidentes con las espoletas a bordo que por el fuego enemigo, aumentadas tristemente y de forma accidental con la voladura de la cañonera número 27, mandada por el alférez de navío napolitano José Rodríguez.

Y así durante siete ataques más, sin incidencias dignas de mención, salvo que en uno de ellos un disparo de la defensa alcanzó en la flotación a la falúa desde la que Barceló dirigía el bombardeo, no sufriendo herida alguna y transbordándose inmediatamente a otro bote, desde el que continuó dando órdenes sin dar mayor importancia al incidente.

Al fin, el 21 de julio se decidió poner fin al ataque, tras haber disparado más de 20.000 balas, bombas y granadas sobre el enemigo, y tras haber perdido unos 53 hombres y resultando 64 heridos en los ocho ataques, buena parte de ellos, como sabemos, debidos más a accidentes que al fuego enemigo, aunque resultó evidente que en esta ocasión las defensas eran más fuertes.

Para dar una idea del castigo que recibió Argel y sus defensas cabe recordar que en el épico asedio de Cartagena de Indias entre el 15 de marzo y el 20 de mayo de 1741, la ciudad y sus fuertes soportaron 6.000 bombas y 18.000 balas (sólo 4.000 más que Argel y en un periodo mucho más largo) y

aunque la plaza americana resistió, bueno es recordar que había perdido todas sus importantes fortificaciones exteriores.

De nuevo en España se produjeron manifestaciones de alegría algo atenuadas por las renovadas críticas de los que sólo se conformaban con un triunfo total y absoluto.

Era bien cierto que no se había borrado a Argel del mapa, pero no menos cierta era la victoria; al poco se iniciaron las conversaciones de paz, que tras muchos tira y afloja culminó Mazarredo con la visita a la baquetada ciudad al mando de su escuadra de dos navíos y dos fragatas, firmándose el tratado el 14 de junio de 1786, al que pronto se unió Túnez.

Una valoración

Lo que no entendieron esos críticos es que la estrategia adoptada era la más realista y económica: a costa de poco menos de 200 bajas y de unos pocos lanchones de remos, se había castigado severamente a un enemigo muy peligroso, contra el que otros ataques más ambiciosos habrían sido, incluso de ser victoriosos, mucho más caros en términos de dinero, material y vidas.

Pero, además, se había llegado a un tipo de enfrentamiento que la república corsaria no podía ganar: para el dey poco o nada suponía perder a manos de nuestros buques un puñado de jabeques y galeotas todos los años, incluso un navío o fragata de cuando en cuando, pues el corso y la redención de cautivos continuaban dando sus beneficios. Lo que desequilibraba profundamente su estado era no ya sólo los daños causados por los bombardeos españoles, sino el tener que concentrar sus gastos y esfuerzos en una defensa totalmente improductiva, aparte de no muy eficaz. España podía seguir indefinidamente enviando expediciones que, aunque no arrasaran por completo la ciudad, sus astilleros y fuertes, terminarían provocando, y a no muy largo plazo, su completa ruina.

Y como hemos visto, y dados los recursos técnicos de la época, la única posibilidad de llevar a cabo esa estrategia era utilizando las cañoneras. De hecho, los navíos y fragatas no intervienen en los bombardeos, salvo cuando sus tripulaciones sirven para dotar a las lanchas, y casi lo mismo pasa con las unidades ligeras, como los jabeques, utilizados para apoyar a las cañoneras frente al intento de ataque de unidades enemigas.

La significación de una victoria

La pesadilla secular del corso argelino y berberisco en general, pese a algún rebrote posterior de mucha menor importancia, había terminado para las costas españolas. Por fin puede repoblarse una amplia faja de litoral antes

desierta por el miedo a las incursiones, visible hoy todavía en los nombres repetidos de las localidades levantinas: uno, el viejo, en el interior, como Altea la Vieja, y el nuevo, ya en la costa, sobrando los ejemplos como los dos Premiá, los dos Arenys, etc.

No sólo volvieron la vida, la agricultura y la pesca a aquellas antes abandonadas costas, que desde entonces iniciaron un rápido despegue económico como pocos paralelos en España, sino que la navegación mercantil, especialmente de catalanes y mallorquines, cobrará un nuevo impulso que se continuará durante todo el siglo XIX.

Y como el lector habrá podido comprobar, buena parte de ese mérito corresponde a la Armada española (aunque tan pocas veces se recuerde y reconozca) y, dentro de ella, a las modestas cañoneras.

Pero, y como veremos, no fue ese el único servicio trascendental que prestaron al país que las creó y que mejor las utilizó en el cuarto de siglo siguiente.

